

Destino

El destino es un concepto inventado por el hombre, es parte de la cultura que la humanidad occidental ha elaborado, un *meme* (gen cultural que fue seleccionado por la humanidad). Creer en el destino es muy útil porque termina nuestras dudas.

Creer en el destino es tener la esperanza de que en algún momento vamos a conocerlo, un día vamos a saber cuál es nuestra misión en el mundo, y cuando ese día llegue dejaremos las dudas y pondremos todo nuestro empeño para conseguir nuestro objetivo. A las dudas a las que me refiero son las de tipo existencial, las que afectan de forma importante nuestro futuro.

El destino es una idea útil porque hay períodos en que nos podemos dar el lujo de dudar -este lujo nos permite aprender y cambiar-, pero hay ocasiones en que debemos creer. Por ejemplo, un joven recién egresado de la escuela seguramente tiene muchas dudas, ¿trabaja o estudia más, en qué trabaja, qué estudia, se casa? Cuando toma una decisión sus dudas se reducen, y hay momentos en que las dudas casi desaparecen. Por ejemplo si el joven se casa y tiene un hijo, ya no tendrá muchas dudas: tiene que trabajar para mantenerlo.

La idea del destino facilita la transición del estado de duda al de creencia, cuando lo conocemos tenemos que realizarlo. Pero debemos ser sabios al decidir cuándo buscar el destino (o la creencia), pues muchos de ellos, los que nos llaman con más fuerza y los más comunes, nos alejan demasiado de la duda e interrumpen nuestro proceso de aprendizaje.

Las actividades de aprendizaje las realizamos inicialmente en forma coercitiva, durante la infancia lo que queremos es jugar, y sólo obligándonos vamos a la escuela. Posteriormente podremos elegir seguir estudiando, pero aún entonces es necesario que los maestros nos exijan para que seamos capaces de sentarnos a leer y pensar. Si no conseguimos el hábito del estudio antes de encontrar un destino importante, seguramente ese destino interrumpirá nuestro proceso de aprendizaje.

El matrimonio y el trabajo, los destinos de la mayoría de las personas, no tienen por que interrumpir la adquisición de conocimientos, pero lo harán si la única forma como conseguimos aprender es coercitiva. Esto no significa que desde el momento en que dejamos de aprender nuestras vidas se desperdician, aún seguiremos siendo muy útiles, pero no vamos cambiar mucho, no progresaremos y moriremos prácticamente con el conocimiento y los hábitos que teníamos en el momento de encontrar nuestro destino.

Conforme la humanidad incrementa el conocimiento cultural será necesario dedicar más tiempo para educarnos. Actualmente existen ya pos doctorados, y la ventaja que hace un par de décadas otorgaba una profesión ahora se compara con la que se obtiene con una maestría. La única forma de incrementar el tiempo que estudiamos es posponer nuestro destino y adquirir el hábito de aprender sin coerción antes de encontrarlo.

Pero ¿es el destino sólo una idea? ¿No existe en realidad un camino trazado para cada uno de nosotros? Arriba argumento que se trata de un concepto creado por el hombre y que se ha mantenido en nuestra cultura gracias a su utilidad. No hay nada en la ciencia que indique que nuestro camino está marcado, por el contrario, con el estudio de los sistemas complejos (como el sistema social o el propio ser

humano) se ha encontrado que éstos son impredecibles, que tienen propiedades emergentes que no se pueden anticipar. Sólo la creencia en una deidad justifica creernos el destino literalmente.

Pero muchas religiones niegan que el destino sea un camino definido por dios, en cambio, reconocen la libertad del hombre y lo responsabilizan de sus actos, tal es el caso al menos de las religiones cristianas.

No tenemos por qué creernos el destino en forma literal, esto es, pensar que realmente tenemos diseñado un camino exclusivo para nosotros y que no podemos salirnos de él. Pero aún nos es útil pensar en el destino. Por ejemplo, cuando pienso “este trabajo es mi destino” quiero decir que me lo voy a tomar en serio, voy a creer en él y no voy a dudar, no voy a preguntarme “¿es esto lo que más me conviene?, ¿no estaría mejor en aquella empresa, o haciendo esto otro?” Esa actitud me permitirá ser dedicado.

Pero debemos tener cuidado al usar el destino porque puede interrumpir aspectos importantes de nuestro desarrollo. En nuestra naturaleza no existe ninguna tendencia a educarnos, no evolucionaron porque el aprendizaje disciplinado es una necesidad reciente (en la escala evolutiva). Nuestra naturaleza nos motiva a casarnos, a formar equipos para cumplir algún propósito (que nos es útil en el trabajo y en el deporte), a ser egoístas en general pero altruistas en ocasiones especiales, y a muchas otras actitudes, pero no a estudiar. El hábito del estudio va contra nuestros instintos, se tiene que construir, y un hombre que se deja “a la buena de dios” nunca lo tendrá. Esas personas encontrarán que su destino está relacionado con una emoción natural y no se preguntarán si tienen más alternativas, no tienen ese hábito.

Entonces, ¿podemos ser lo que queramos? No podemos ser lo que sea, sólo podemos seleccionar entre las alternativas que conocemos, y conocer alternativas es lo que se consigue con el aprendizaje. Mientras más conocemos, más alternativas tenemos para seleccionar y somos más libres.

Los animales y los niños sólo pueden realizar las actividades a las que sus emociones los motivan. Gracias al lenguaje y al conocimiento los adultos podemos imaginar nuevas actividades, de eso consiste la libertad.

El que duda mucho no actúa y el que no duda puede cometer barbaridades, a él hace alusión el refrán “cuídate de un pendejo con iniciativa”. El primero nunca encuentra su destino y el segundo lo encuentra muy pronto, no se da el tiempo suficiente para crear uno interesante y novedoso.

Lo que en realidad nos conviene es saber cuándo creer y cuándo dudar y vivir con una combinación de ambas actitudes. Esto lo podemos conseguir usando el destino y no permitiendo que éste nos use.